

delicada: los exiliados y los no exiliados. Es delicada la cuestión, sobre todo en un contexto de erizamientos, mala conciencia, insultos, y desventuras diferentes (pero desventuradas), porque se corre el peligro de tomar partido demasiado tajantemente, es decir, de petrificar en el maniqueísmo la esencial diversidad de los hechos complejos, y, sobre todo, de descalificar a una entre dos formas de la desventura. No quisiera hacer eso. Mi país ha producido, a lo largo de siglos, y sobre todo en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, tan caudalosa cantidad de exiliados, y muchos de ellos tan emocionantes y generosos, tan preocupados por su España y por los otros exiliados del interior, que decir contra ellos una sola palabra sería una desvergüenza. Y lo mismo sucede con muchísimos exiliados hispanoamericanos. No quisiera por nada del mundo correr el riesgo de agredir a tantos seres desdichados que arrastran su desgracia y su nostalgia fuera del lugar de sus proyectos y sus muertos. Quienes me conocen saben que, por el contrario, los exiliados de Hispanomérica siempre han contado con mi solidaridad, que he escrito muchas veces en su defensa y en su ayuda, y muy particularmente respecto de los argentinos y contra las más o menos xenófobas actitudes suscitadas contra ellos aquí, en España. Pero sucede que en el infierno psicológico de muchos exiliados se producen a veces ciertos niveles de exasperación que se convierten en formas de injusticia contra aquellos que sufren de otro modo, en sus propios países, los arañazos de la Historia. Yo intuyo que desde el exilio es pavorosamente fácil medir con cierta usura el dolor y la valentía de aquellos que no se exiliaron. Pero cuando eso se produce, se produce una injusticia, y también hay que denunciarla. Recientemente, unas frases poco acertadas de Cortázar señalando un supuesto genocidio cultural en los países americanos que sufren gobiernos tiránicos han molestado, creo que con sobrada razón, a cuantos intelectuales y artistas permanecen en sus incómodos países. Sábado salió al paso de esas frases: «Si por genocidio cultural se entiende la muerte física y espiritual de los creadores, debo decir que en Argentina no se da este fenómeno. Lamento que un magnífico escritor como Cortázar califique con tanta ligereza a los escritores que vivimos y sufrimos allí y que además, como es mi caso, hemos luchado públicamente durante estos cinco años tenebrosos contra la dictadura militar, con riesgo de perder la vida. Lo lamento doblemente porque Cortázar no es un emigrado político. Hace treinta años que reside en París, donde fue por motivos ajenos a cualquier sistema político» (3). Como se ve, el exilio es una situación de injusticia que puede, desdichadamente, generar injusticias. Cortázar era injusto al exterminar de un plumazo, con la palabra geno-

---

(3) En *El País*, Madrid, 10 de octubre de 1981.

cidio, la creación y el coraje en el interior de Argentina, y Sábato es a su vez injusto con Cortázar: es cierto que éste se trasladó de país de residencia por causas personales que nada tenían que ver con la política (a menos que el peronismo, creo que poco querido por entonces para Cortázar, influyera en su decisión de emigrar, y ruego que esta indicación no sea tomada más que como una hipótesis), pero es cierto también que hoy Cortázar sí es un exiliado político, en la medida en que su residencia en Buenos Aires es prácticamente impensable, o en todo caso sería muy arriesgada. Sobre este tema enrarecido del «genocidio cultural» se ha producido recientemente una polémica, íntegramente publicada en *El Ornitorrinco*, revista literaria que se publica en Buenos Aires, en la que han discutido Liliana Heker y Julio Cortázar, y en la que han sido escritas frases muy duras, muy lamentables, muy amargas, y que quizá exigían ser dichas. Lo más triste de esa polémica —que aquí no puedo ni resumir siquiera— es que Cortázar y Liliana Heker, que siempre se tuvieron mutuo respeto y mutua admiración, han acabado como el rosario de la aurora, como si fueran enemigos, y que quizá no vuelvan jamás a ser amigos. Pero, repito, tal vez sea necesario explicitar estas tensiones: quizá mediante ello todos mostramos, y vemos, nuestras mutuas neurosis del exilio, exterior o interior, y aprendemos así a medir las palabras y a la vez a medir los derechos que a cada cual le asisten. Lo malo es que a menudo la neurosis del exilio se eriza, se hace enceguecedora y arbitraria (juro que ahora no aludo a nadie en particular, sino que tan sólo señalo una de las desdichas de los hijos de países con gobiernos tiránicos), y de pronto un exiliado puede sentir la tentación, quizá para justificarse por una culpa de que nadie le acusa, de establecer que toda persona pública que no elige el exilio se ha vuelto muda, colaboracionista o cobarde. Esto (aparte de un desprecio por el miedo que es no ya sólo poco compasivo sino también poco digno de un intelectual: hay en ello un machismo muy poco reflexivo y sumamente cómodo), referido a casos concretos es a veces una insoportable injusticia. Y esta injusticia, como vamos viendo, se comete a menudo contra Sábato, que es, como sabe casi todo argentino (y otros muchos lectores de otros muchos lugares del mundo), uno de los hombres más puntualmente dignos y valientes que ha dado el esforzado, maravilloso oficio de escribir. Y entonces sí: entonces corresponde, sin que en ningún caso disminuya en nosotros el respeto y la solidaridad a la desdicha y al trabajo del exiliado, hacer una matización. Es ésta: muchos de aquellos que se quedan dentro no sólo no son ni indignos ni cobardes, sino que ejercen todo lo contrario, la valentía y la dignidad. Y es preciso decir también que, cuando eso sucede, el que se queda sufre la crueldad de la Historia de un modo más